

LA OBSERVACION Y PRESENCIA ESPAÑOLA DE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

I

En el exterior, la contumacia en prolongar viejas visiones deformadas de España parece incurable. Sabemos perfectamente que no somos una gran potencia, que estamos ante un momento muy difícil de las relaciones internacionales, en el que toda prudencia es poca, y que nuestros objetivos (no caprichosos ni inventados ahora: reales y de siempre, con la lógica acomodación al presente) desbordan nuestras posibilidades de acción internacional. Pues para bien o mal somos un país desigualmente trifronte: europeo periférico, algo africano y bastante americano, en el puro sentido de esta palabra, que nadie puede monopolizar. Demasiado complejo, pero así es. Item más: sabemos que «caímos mal» en 1945 y cuánto esfuerzo nos va costando, primero vivir y luego desarrollarnos, más por la merced de Dios y el sudor propio que por generosidades o ayudas ajenas. A nuestra acción diplomática —como a todo lo humano— pueden imputársele muchas cosas, pero no la falta de visión ponderada de nuestro papel en el mundo, enfermedad contagiada por los «grandes» a sus protegidos y rápidamente desarrollada entre los subdesarrollados.

II

Por eso hay que poner en claro algún error, bastante difundido por los de siempre —los de la «Leyenda Negra» y la colonización económico-ideológica de España, que son los amos de los medios de propaganda internacional— sobre nuestra situación internacional. Somos un Estado «independiente y soberano», no porque lo digan nuestras Leyes Fundamentales —como todas las Constituciones, desde la de Francia o Brasil a las de Luxemburgo o Mauricio— ni los principios generales de la Carta de San Francisco. Lo somos

por la persistencia de un lenguaje diplomático desfasado por los hechos, pero que mientras se mantenga nos es tan aplicable como a cualquier otro país. En realidad, todos, grandes y chicos, nos hemos vuelto interdependientes, autolimitados y solidarios con los demás—amigos o no—ante los grandes problemas de la Humanidad. Esta no ha querido enterarse de que, al mismo tiempo que la población crece en proporciones devastadoras (del medio y sus recursos), el consumo anárquico y desigual va a acabar en siglo y medio con lo que la Naturaleza—Dios—formó en millares de años. Sólo que por obra y gracia de algunos pocos y en detrimento de los más, y más acusadamente de esa mayoría—no silenciosa—de los subdesarrollados, cada vez menos pasivos. El clarinazo de los países árabes, encareciendo y racionando el agotable maná de su petróleo, puede servir de aviso para rectificar una trayectoria; que dicho sea de paso intentaban contagiar a España «los de siempre», los pequeños grupitos oligárquicos más o menos en régimen de sucursal de casa exterior.

III

Pero lo que no somos es un protectorado, ni un satélite, ni un Estado neutralizado voluntariamente, aunque a veces nos hayan neutralizado por la fuerza. Después de 1815—donde tan mal se trató al país que se destrozara por vencer a Napoleón—fuimos los grandes ausentes de las grandes ocasiones (reparto de Africa y de la Especiería; conflictos europeos «alcanzables», como la guerra de Crimea, etc.) y sobre todo de las dos grandes guerras mundiales, que con razón juzgó el pueblo español como rivalidad entre coaliciones imperialistas—Servia, Bélgica, Polonia, etc., fueron pretextos abandonados cuando estorbaban—, indignos de que aportáramos nuestra sangre. Lástima que no cotizáramos lo que en ambos casos supuso nuestra neutralidad, aunque de promesas secretas—y vagas—están repletos muchos estantes. Hemos definido después nuestra vocación y carácter europeos, como títulos para participar en la Europa que se hace; nuestro indeclinable hispanoamericanismo; nuestros intereses—modestos—en Africa y en Oriente, donde tenemos amistades de razonable dimensión pacífica. Y hemos pedido Gibraltar, porque está en casa y porque nos hace daño, y lo pedimos pensando en el respeto de sus gentes, cualquiera que sea el modo como fueran «plantadas» en el hueco de los expulsados españoles. Nada más. Y nada menos. Ahora mismo,

en la Conferencia de Seguridad y Desarme? hemos destacado los efectos nocivos de las bases, aunque sea más urgente la eliminación de las impuestas. Y que no puede haber seguridad europea con polvorín mediterráneo por razones que un niño comprendería, aunque no las entiendan los sabios del New York Times, por ejemplo. Todo bastante claro, dentro del inevitable contingente de ambigüedad que exige cualquier explicación diplomática.

IV

Más aún: si estamos ligados a «Occidente»—expresión cada vez más nebulosa e inoperante por la creciente división de los «occidentales»—, ello sólo supone que no nos gusta la implantación de ningún credo por la fuerza o generalmente como pretexto para lograr hegemonías que suelen ser inhumanas con el sometido. Eso intentó la URSS de 1945 a 1972—en ese año paramos nuestro calendario, sin prejuizar sobre lo que ya es vida y no historia reciente—, y por eso pactamos con los Estados Unidos en 1953, 1968 y 1970. Y no otra cosa, como parecen indicar los indignados portavoces de algunas Cancillerías sobre la actitud española—correcta y consecuente—en la IV guerra árabe-israelita, que, como otras guerras, no hubiera explotado si no hubiera habido por ambos lados animadores y proveedores de juguetes de la muerte. Como en los duelos medievales, dos lucidas representaciones de los caballeros apologistas de las causas extremas en presencia debieran haberse exterminado entre sí, ahorrando la sangre inocente de combatientes y sobre todo no combatientes, árabes y judíos, primos hermanos, a los que la experiencia—por imposible que esto parezca ahora—les enseñará a ser hermanos y sin comisionistas intermediarios.

Por cierto, mientras la «indignación» aludida se difundía generosamente, se escondía en un rincón de nuestra prensa el relato de un centenario marinero yanqui que estaba en el Maine en 1898; vio lo que pasó y lo contó: que marineros imprudentes, arrojando puros encendidos donde no debían volaron la «santabárbara». Por algo los yanquis sacaron dos veces del fondo del mar a los restos; la última para sepultarlos donde nadie bajara a reconocerlos. No, no cabe duda que el slogan de «publicar todo lo que merece ser publicado» podría utilizarse en sentido humorístico, si la sangre inocente permitiera estas bromas.

V

En definitiva, somos espectadores, no rutinarios ni forzosamente pasivos, del rumbo, con franqueza desconcertante e inquietante, de los acontecimientos mundiales; y aunque la interdependencia de las realidades mundiales no permite desentenderse de nada, damos la obligada preferencia—para los pequeños— a las que más nos afectan. Tenemos nuestro criterio propio y nacional—bastante claro— sobre las realidades y los problemas mundiales. Es lógico que en casa haya discrepancias sobre puntos concretos de táctica, prelación o valor; no somos 34 millones de robots, sino de gente de características «mediterráneas» o «latinos» criticones—gracias a Dios— y rápidos en sus concepciones, más que, por desgracia, constantes. Quien se quiera enterar de que España existe para algo más que para molestarla o para zaherirla en sus planes acertará. Quien quiera contar con ella razonable y recíprocitamente encontrará aquí la añeja fides celtibérica, que ya sorprendió a nuestros conquistadores y civilizadores los romanos, a cuyo lado Cortés y compañeros eran canonizables, sin que luego nosotros, en el balance de los siglos, hayamos renegado—sino exaltado hasta el sacrificio romántico— la idea de la Latinidad.

Pero fides y prudentia no son virtudes reñidas. Cada palo recibido del exterior—y desde el siglo XVII perderíamos la cuenta de ellos— nos ha abierto con excesiva lentitud un poco más los ojos. Mal nos pueden seguir haciendo por el imperio de la fuerza los poderosos. Engañarnos les va a resultar cada vez más difícil, salvo al reducidísimo número de los predispuestos. No insistiremos en esos tópicos de «el tiempo está con nosotros», porque el tiempo está con y para la cordura internacional de todos. Sólo decimos que la España de 1973-75 es vieja en muchos sentidos internacionales, y uno de ellos, en la de la cautela ante la imitación barata de Machiavello, acomedida por tantas figuras de relumbrón, creemos que más fugaz de lo que ellos piensan.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

